

giosos ejercían la cura de almas, quedó sujeta á la jurisdicción de los diocesanos, y en consecuencia los feligreses de aquellos pasaron á serlo del clero secular. Reducidos de este modo los franciscanos á los conventos de las principales poblaciones, se limitaron en lo general á esa vida sedentaria, esencialmente monástica, y bajo cierto aspecto infecunda, según los modernos políticos, que observaron hasta nuestros días. Mezquina á la verdad es esta esfera; pero no tal que fuese un obstáculo á las nobles empresas; abierto quedaba todavía un vasto campo á los vuelos del pensamiento, y á los sublimes arranques del celo apostólico: en comprobación de lo dicho, citaremos las fundaciones de nuevas custodias y provincias en las regiones septentrionales del territorio mexicano, y las crónicas que entonces se escribieron, producciones amables, hijas del amor á la verdad, que son las fuentes más puras de nuestra historia, y los fructuosos viajes de algunos misioneros que, desdeñando el reposo de la celda, partían á remotos países á buscar almas para comunicarles la luz del Evangelio.

Estos varones distinguidos son los que pudieron servir de norma á los demás: entre ellos se señalaron los que emprendieron sus misiones sin auxilio humano, impelidos solo por su propio esfuerzo, guiados por la caridad como los primeros discípulos de Jesús; y entre ellos también descolló el venerable religioso cuya vida bosquejamos á continuación.

El Venerable Padre Margil.

En uno de nuestros frecuentes viajes á la Metrópoli, la curiosidad nos condujo una tarde á la nueva calle bautizada con el glorioso nombre *de la Independencia*, para visitar una casa que formaba parte del convento de San Francisco.

Hay algo verdaderamente interesante en esa rápida transformación que reciben algunos edificios antiguos

de México al impulso del dedo de la reforma. De la noche á la mañana vemos convertidos los anticuados monumentos de ayer en elegantes monumentos de hoy; los muros toscos, irregulares, desaliñados y hasta informes, abortados por una arquitectura sin arte y caprichosa, ceden el puesto á edificios de formas correctas y graciosas donde se admiran esa sobriedad de ornamento, ese primor sencillo que revelan las obras de un gusto más adelantado. Pero toda la gala, pulidez y refinamiento que distinguen á las nuevas construcciones, no bastan á darles el sello especial, el prestigio, el imán de las que han resistido incólumes el embate de los siglos; y cuando hemos visto á varias personas lamentarse en presencia de los escombros de un claustro ó de una Iglesia, hemos respetado su sentimiento, porque estamos ciertos de que en la mayor parte no es fruto de una devoción exajerada ó de las antipatías de partido, sino de la inclinación natural á compadecer lo que fué por mucho tiempo y deja de existir. El hombre se encariña con las ruinas, porque ve en ellas una imagen de su destino, y porque en la destrucción de un monumento llora su propia destrucción.

Pero la casa de que hablábamos no es propiamente un edificio nuevo, ni aun siquiera transformado. Si prescindís de la fachada, que es bien pobre, y del patio casi enteramente ocupado por la base de la escalera que conduce al piso superior, todo lo demás conserva las facciones de su primitiva existencia; es un fragmento de monasterio separado del resto por una calle; todo en él se halla en el mismo estado que tenía cuando era de los religiosos; los mismos claustros prolongados y oscuros, el mismo aspecto vetusto, y la misma sucesión de celdas con sus puertas alineadas y numeradas en la parte superior como las páginas del libro del tiempo.

Solo una cosa ha huido para siempre de aquel melancólico recinto, y es el silencio: el ruido que forma el

ir y venir de los moradores, las voces y risas de estos, contrastan singularmente con la adusta configuración de la casa que descubre á primera vista su origen cenobítico.

Esta parte del monasterio era la enfermería, ó por lo menos un departamento de ella. Sabíamos por la historia que allí falleció el venerable P. Fr. Antonio Margil, y el deseo de conocer el lugar donde ocurrió ese suceso nos hizo enderezar los pasos á la casa, y en seguida al aposento número 6 de la misma. Habitaba en él un anciano pobre, de maneras francas, que parecía estimar debidamente la fortuna de vivir bajo aquel techo que atesora una página tan bella y provechosa; su menaje era el de un monje: tenía colocado su lecho precisamente en el ángulo donde el buen religioso exhaló el último suspiro, y mostraba por ello una gran satisfacción.

En la pared correspondiente á la cabecera, y á unos dos metros del suelo, se ve pintado el retrato del santo misionero, y á su pié leímos la siguiente inscripción:

VERDADERO RETRATO DEL VENERABLE
P. FR. ANTONIO MARGIL DE JESUS
MISIONERO APOSTOLICO, EL CUAL
FALLECIO EN ESTE SITIO Y CONVENTO
DE N. P. SAN FRANCISCO DE ME-
XICO, EL DIA 6 DE AGOSTO DE 1726,
AÑOS, A LOS 70 DE EDAD.

Desde esa fecha á la presente ha transcurrido más de un siglo, durante el cual han bajado á la huesa no pocas de esas oleadas de vida que llamamos generaciones, no pocas de esos hechos que nacen y mueren aspirando inmerecidamente á la inmortalidad, no pocas de esas ambiciones de humo que suelen usurpar el nombre de gloria, y en una palabra, no pocas de esas miserias que brindan á los humanos la escasa copa de la dicha de un día. Entre tanto, ha vivido y vive la me-

moria de un fraile que, por el contrario, si algún deseo vehemente abrigaba con respecto al mundo, era atravesar por él obrando bien pero ignorado. . . . ¡Privilegio envidiable de la virtud! Ella no busca recompensas, porque en sí misma tiene siempre su más apreciado galardón; hace su peregrinación sobre la tierra con la mirada fija en Dios y derramando á su paso raudales de consuelo; y al emprender el camino á las estrelladas regiones de la bienaventuranza, deja en pos de sí una fragancia divina que jamás disipa el viento del olvido.

Dicha nuestra ha sido aspirar la que exhalan las virtudes del venerable Margil de Jesús, y toma creces esa dicha al reflexionar que no faltan en la generación presente corazones que las estimen, y para quienes no estarán de sobra las pocas líneas que sobre la vida del héroe vamos á trazar.

I.

En la mañana del 6 de Junio de 1683, hubo una gran conmoción en la ciudad de Veracruz.

Avistóse en el mar una flota que si bien parecía procedente de España por traer los buques bandera de esa nación, se temió con fundamento no lo fuera más que en apariencia.

Pocos días antes, se había hecho á la vela el famoso Lorencillo después de saquear la ciudad, cometiendo todo género de crímenes, y como tras un mal viene otro, recelaban los moradores que las naves que entonces se acercaban al puerto no fuesen portadoras de otros ó de los mismos piratas.

No era así á la verdad.

En la tarde del mismo día todos estaban ya ciertos de que aquella flota era la que se esperaba de la Península desde principios del mes anterior, y entre los navegantes se contaban algunos misioneros que venían destinados al colegio de la Santa Cruz de Querétaro, recientemente fundado.

Uno de esos varones apostólicos era Fr. Antonio Margil de Jesús.

Después de llorar sobre el pasado infortunio de la población donde había encontrado hospitalaria acogida, sin embargo de estar desolada, obedeciendo la orden de su prelado que lo era el R. P. Linaz, se puso en camino para lo interior del país acompañado de otro sacerdote, á pie, y como dice un biógrafo, con solo el breviario, un báculo y un santo Crucifijo, sin otro subsidio, esperando el sustento de la Providencia divina.

Todo este viaje fué una continua predicación.

Notables fueron los frutos que alcanzaron los misioneros en Cotastla, Huatusco, San Martín, San Salvador el Verde y San Juan del Río, si bien los compraron á costa de mil penalidades, pues siendo entonces como era tiempo de aguas y extraviándose varias veces por aquel suelo que no conocían, se veían cuando menos lo esperaban sumergidos en pantanos y precisados á que la ropa se les orease en el cuerpo, no trayendo otra túnica de remuda.

Finalmente, asociados en San Juan del Río á otros tres misioneros, llegaron al expresado convento de Querétaro á 13 de Agosto del mismo año.

II.

Veintiseis antes, el 18 de Agosto de 1657, nació en Valencia un niño que había de ser el blasón más ilustre de todo su linaje, y que era entonces la delicia de sus padres, personas decentes aunque de modesta fortuna.

"Las familias, dice un escritor, suelen tener muchos altos y bajos desde su primer origen, variándose los sucesos según se alternan los tiempos. Sufre la sangre encañada en las venas las desigualdades que el agua oculta en sus arcaduces, que ya sube á los mármoles, ya se abate á los riegos, sin que pierda lo claro la profundidad á que se humilla, la alteza de quien tuvo su origen. Nadie es tan mucho que haya dejado de

ser nada. ni es tan poco que no haya sido mucho. Ha muchos días que se tratan hermanablemente buena sangre y mala fortuna, pues no son los hombres nobles por solo ser ricos, ni menos ilustres por estar colocados en la categoría de los pobres."

Desde sus primeros años mostró el niño excelente índole, y como debió al cielo la dicha de una madre virtuosa, empezó conforme iba creciendo á recibir en su tierna alma las semillas del bien, que germinando más tarde, produjeron esas flores divinas con que la veremos después engalanada.

Los escasos medios de subsistencia de su familia no fueron parte á impedir recibiese una decente educación literaria, sin descuidar por ello las prácticas piadosas á que era singularmente inclinado: ¿qué alma sensible, nacida en el seno de la religión cristiana, no se ha hallado en el mismo caso cuando al salir de la infancia empieza á presentir las misteriosas borrascas de la juventud? ¿quién es el que no recuerda, como uno de los goces más cumplidos de su primera edad, esas horas de entusiasmo religioso en que se extasiaba al escuchar en el santuario las graves armonías del órgano, y el canto del anciano sacerdote celebrando las glorias del Eterno?

Creció el niño, y ya joven de diez y seis años, pasó á esconder su vida al convento de recolección de franciscanos de la misma ciudad, llamado de la Corona de Cristo por conservar como preciosa reliquia la mitad de una espina de la corona de Jesús. Hecha su profesión, la obediencia al prelado le condujo al convento de Denia á proseguir los estudios que comenzara en su niñez; y aprovechando notablemente en la filosofía se creyó conveniente que volviese, como volvió, al de la Corona á seguir el curso de ciencias teológicas.

Ordenado de presbítero, pasó á vivir al monasterio de Santa Catarina de Onda para dar principio al noble ejercicio de la predicación, en que había de adquirir tantas excelencias. Allí en el retiro y silencio del claus-

tro, fué donde escuchó en lo íntimo de su alma una voz que le llamaba á ejercer su apostólico ministerio á las apartadas regiones de occidente. Cedió al hechizo de esa voz celestial, y en breve le vemos tomar el camino de Cádiz, donde se embarca para México: no pierde tiempo durante la navegación que fué de noventa y tres días empenándose por medio de pláticas y sermones en mejorar las costumbres de los pasajeros; y aportando en fin, á las playas de Veracruz, emprende su viaje á Querétaro. Este misionero no era otro que el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesús.

III.

El colegio apostólico de la Santa Cruz de Querétaro ha gozado siempre de tanta nombradía, que se nos echaría en cara como una omisión imperdonable el no consagrar algunas líneas á su historia, particularmente cuando la circunstancia de contar entre sus fundadores á nuestro héroe, le hace merecedor de perdurable memoria.

Su iglesia fué la primera que hubo en la ciudad, y fué así mismo la primitiva parroquia, pues según nos informa el curioso libro titulado "*Glorias de Querétaro*," en ella se bautizaban, casaban y enterraban los que se convirtieron del gentilismo, hasta que se mudó al lugar donde se halla hoy el convento grande capitular de N. P. S. Francisco.

"Se hizo la primera vez, (continúa el libro citado), en 1531 una pequeña ermita de ramas y materiales campestres, en donde se dijo la primera misa el día de Señora Santa Ana, 26 de Julio del mismo año: se hicieron también del mismo material algunas pequeñas celdas para los pocos religiosos y ministros que había, y una vivienda contigua que sirvió de hospital para curación de los indios. Habiendo mudado los religiosos el convento, como dijimos, con el tiempo se consumió la primera ermita, dentro de la cual estaba colocada la milagrosa cruz de piedra; con esto estuvo al-

gunos años esta preciosa reliquia en campo descubier- to, obrando muchos y grandes prodigios. La repetición de estos movió la piedad de los fieles, y á instancias de los religiosos franciscanos se fabricó una ermita de carrizo y tejamanil, (tablilla), la que á los cuatro años se mejoró de cal y canto, con techo de madera. Así se conservó esta iglesia hasta el año de 1654, en que vencidas varias dificultades y controversias, y conseguida licencia del rey, se fabricó de nuevo una iglesia más capaz, con un convento anexo á ella para los religiosos que cuidaban de la santa cruz, el que sirvió un poco de tiempo de enfermería de la Santa provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán: y el año de 1666, estando ya enteramente concluido el convento con todas las oficinas necesarias, lo destinó dicha provincia para casa de recolección, con el título de San Buenaventura; hasta que por fin el año de 1683 se entregó á los padres apostólicos para que fundaran en él un colegio de misioneros de *propaganda fide*, por bula del Sr. Inocencio XI, de 8 de Mayo de 1682, el que hasta el día se conserva sin haber decaído un punto de su primitivo fervor y exactísima observancia.

"La fábrica material del colegio y de la iglesia ha tenido muchos y grandes aumentos desde el año de 1683 hasta el presente (1802). El complemento del crucero de la iglesia, del coro, de la sacristía y del hermoso camarín que está detrás del altar mayor, es debido á la generosidad y beneficencia del Br. D. Juan Caballero y Ocio, que lo hizo á sus expensas.

La iglesia principal, que es de un tamaño proporcionado, está bien adornada de colaterales, y tiene contigua una hermosa capilla con tres puertas, por donde se comunica con ella y ambas tienen su fachada hacia el poniente. El colegio es bastante amplio y cómodo para la habitación de los religiosos: tiene una famosa librería, con obras muy selectas y apreciables; en el día ascienden sus libros al número de siete mil y tantos volúmenes.

Venéranse en la iglesia algunas imágenes notables, entre otras, una de María con Jesús niño en los brazos, obra de pinceles romano; otra, que es una escultura napolitana y representa al niño Jesús, la cual donó la señora duquesa del Infantado al P. Fr. Antonio Linaz cuando vino á fundar el colegio apostólico; y la otra, que es un Santo Cristo de marfil, de vara y tres cuartas, muy bien trabajado, que dió á los religiosos el Sr. D. Toribio Cosío, marqués de Torre-Campo, gobernador que fué de Filipinas, el año de 1731, que pasó para esa ciudad cuando se restituyó á España.

Pero el objeto más apreciado que atesora la Iglesia, en que cifran su orgullo los queretanos, y que ha dado nombre al colegio, es la cruz de piedra llamada *de los milagros*, que se venera en el altar mayor. Está formada de cuatro piedras rojas que, según la tradición, fueron encontradas en la loma vulgarmente llamada de *Sangremal*, el año de 1531, en que conquistaron la ciudad los españoles al mando del cacique otomí D. Fernando de Tapia.

A este colegio llegó nuestro Margil el día y año antes apuntados, y desde luego se dedicó á las tareas de su santo ministerio, preparándose en el retiro con el estudio incesante de la Sagrada Escritura. Por el espacio de cuatro meses se le vió trabajando sin descanso, eligiendo para teatro de sus predicaciones ora la ciudad de Querétaro, ora la de México, y ora finalmente, varias otras poblaciones de inferior categoría, pudiendo con verdad asegurarse que fueron pocas las que no se conmovieron á la insinuante voz del apóstol.

Pero éste era un campo bien estrecho para el ardiente celo que le animaba, y la Providencia le había destinado á recorrer otro incomparablemente más vasto. Por el mes de Marzo del mismo año, se le intimó la orden del superior para que con otros tres compañeros pasase á evangelizar á los pueblos de la dilatada provincia de Yucatán. Pónense en camino de dos en dos; llegan á Veracruz; recogen colmados frutos en esta

ciudad; embárcanse para Campeche, y desde este punto siguen peregrinando hasta Mérida, capital entonces de la provincia y hoy del Estado de Yucatán."

IV,

¿Habéis escuchado ese canto melancólico que entonan los labradores en las haciendas antes de dar principio á sus tareas diarias y poco después de finalizarlas?

La oscuridad, como un velo fúnebre, se extiende sobre el valle y dá á las montañas el aspecto de negros murallones.

Todo yace en profundo silencio: el cenizote duerme todavía en las intrincadas ramas del mezquite, y el brillante colibrí no vuela zumbando por cima de los floridos matorrales.

Mírase en el horizonte una cinta indecisa de apacible lampo, más no es todavía el primer albor de la mañana. Brillan los luceros en todo su esplendor y en la inmensa bóveda del cielo reina una calma imperturbable, una calma que envidia el corazón y le obliga á suspirar.

Una casa de apariencia rústica, pero de sólida construcción, se levanta hacia la falda del vecino collado: rodéanla una muchedumbre de cabañas, asomando el techo de palma por entre los plantíos de nopales y magueyes.

De uno de esos pobres albergues sale una luz rojiza aprovechando los espacios que dejan entre sí los mal unidos juncos de que están formadas las paredes: prodúcela la llama del hogar, cerca del cual se dispone á salir un hombre de semblante altivo y formas robustecidas en la escuela del trabajo: su esposa é hijos duermen tranquilamente.

Después de algunos minutos este hombre, que es el mayordomo de la hacienda, pasa de choza en choza despertando á los operarios, deteniéndose á la entrada del cercado de cada habitación, y saludando á cada

uno de aquellos con un prolongado ¡Ave María Purísima!

Finalmente, reunidos en el patio de la casa de la hacienda todos los peones, cargados con los instrumentos de labranza respectivos, de en medio del concurso se levanta una voz sonora que entona el primer verso de un himno religioso. Esta voz es grave y tierna como el dolor, como la esperanza próxima á desvanecerse.

Síguenla en coro las de los otros campesinos, y alternándose de ese modo el coro y la voz principal, llegan al fin del sagrado canto, que parece una queja sostenida y vigorosa, un gran gemido compuesto de gemidos, y el himno del quebranto y la resignación, en cuya melodía van envueltos los corazones como una ofrenda al supremo Autor de la felicidad.

Así cantan nuestros labradores antes de que la selva suspire conmovida por el céfiro, antes de que el oriente se illustre con los primeros asomos de la aurora, y antes de que las flores desplieguen la brillante corola para tributar al cielo su fragancia.

Este cántico, que resuena á la misma hora en todos los distritos agrícolas de nuestro país, es el *alabado*.

Baña después el sol la inmensidad del espacio en mares de esplendor y gloria. Las sombras se refugian á los pliegues de la vestidura de las montañas; y mientras el hombre riega la tierra con el sudor de su frente, empuñando la esteva y caminando al paso del robusto buey, compañero de sus fatigas, los árboles del valle mueven perezosamente la olorosa cabellera, y las aves, llenas de júbilo, circulan en bandadas por el cielo, formando coros armoniosos: las aves son los ángeles del aire.

A la bochornosa siesta suceden horas más apacibles. El sol declina al ocaso, y ocultándose después tras la montaña, deja en pos de sí el crepúsculo, como la memoria aun fresca de la felicidad que acaba de pasar.

Los objetos empiezan á cubrirse con una gasa sombría: vuelve el silencio á dominar en montes y valles;

el ave atraviesa el aire en tardo vuelo, sin trinar, buscando el árbol donde ha de reposar durante el imperio de la sombra, y la campana suspendida en la torre del lejano pueblo se asocia vibrando á la melancolía del alma, produciendo una voz triste y apacible como un adiós á la luz.

En estos momentos vuelven los cansados labradores á congregarse para repetir el himno que entonaron en la mañana. Pero ¡cuán diverso carácter tiene el alabado á estas horas! Si alguna vez lo habeis escuchado al llegar á hospedaros en la hacienda después de caminar durante un día entero, ó si tal vez morando en la ciudad habeis enderezado los pasos hácia algún sitio de los alrededores que conserva para vos alguna memoria sagrada, y al volver del paseo os sorprende la noche cerca de la finca en los momentos en que los labradores están juntos para representar la tierna escena de que vamos hablando, ¿á qué pretender recordaros la impresión que causó en lo íntimo de vuestra alma? ¿á qué intentar reproducir una imágen que está viva, y que adorais en secreto siempre que pensais en la suerte de esos mortales beneméritos que riegan con sus sudores y á veces con lágrimas un suelo ingrato, para obligarle á producir el pan que nos sustenta, quizá sin merecerlo?

Juntos los campesinos en el lugar indicado, dejan oír de nuevo la voz que en la mañana era un lamento, y hoy es el canto animado, vibrante, triunfal, del agradecimiento y de la dicha. Con él expresan el regocijo por la victoria alcanzada sobre la tierra mediante el trabajo, el deseo que pronto van á satisfacer, de tornar á su pacífica morada, donde gustarán las delicias de la familia, y tal vez la esperanza de mejorar de condición para proporcionar una existencia menos penosa á sus hijos.

¡Oh! bien haya el que inspiró á los hombres del campo la idea de juntarse diariamente para llorar ó bendecir! ¡Bien haya el corazón piadoso que inventó tan ino-

cente y suave melancolía! ¡Y bien haya mil veces el humilde religioso P. Margil de Jesús, que al introducir esta costumbre entre los labradores, les enseñó el modo más adecuado y bello para pedir al cielo favor, ó para significarle su reconocimiento por medio de un canto tierno y sencillo, que es al mismo tiempo un himno y una plegaria!

V.

Sí, el P. Margil fué el inventor del alabado que, como ha dicho muy bien un escritor, es nuestro verdadero canto nacional.

Entonábalo al entrar en los pueblos, y así publicaba su misión; así anunciaba que el enviado de Dios ponía las plantas en aquellos lugares, y que bien pronto iba á hacer resonar la palabra de vida.

Descalzo y sin más armas que el Crucifijo, recorrió con el P. López, religioso de la misma orden y su inseparable compañero, gran parte de la provincia antes mencionada. Pasó después á Tabasco y á Ciudad Real; en seguida á Guatemala y á todos los pueblos de la costa y sierra que dan al mar del sur, á la Talamanca y á los térrabas, á la provincia de la Vera Paz, á las montañas donde habitan los apóstatas choles del Mauché y al país de los indómitos lacandones.

En todas partes se atraía las voluntades por medio del ejemplo y de la predicación: su presencia era la de un mensajero de paz y caridad, y dejaba al ausentarse el gérmen de las buenas costumbres juntamente con la memoria suavísima de una virtud acrisolada.

Los pueblos por su parte acogían á los ministros del Evangelio con vivas demostraciones del más puro entusiasmo. "Conmovíanse, (dice el P. Espinosa, biógrafo de nuestro Margil) los circunvecinos pueblos con tal extremo, que sucedió tal vez congregarse por los caminos cuatro mil indios, saliendo desalados de sus chozas, por acompañar á estos dos varones memorables. Quisieron demostrar lo crecido de su afecto y venera-

ción, y desgajando verdes ramas de los árboles, las llevaban en las manos muy festivos: y por la multitud frondosa que se movía, pudo parecer, ó que se trasladaban de una á otra parte las selvas, ó que, como se le representaron al ciego del Evangelio, caminaban los hombres como los árboles. Afligíanse los humildes misioneros con demostraciones tan extrañas, y á fuerza de ruegos, persuasiones y amenazas, cortaron el hilo á estos piadosos excesos, protestando no saldrían de los pueblos hasta que arrojasen al campo las ramas, por obviar semejantes emulaciones en los vecinos."

VI.

Sin embargo, no en todos los lugares que visitaron durante su peregrinación apostólica, tuvieron igual acogida. Poblaciones hubo entre infieles donde al entrar eran saludados con una lluvia de piedras y saetas, salvando la vida por uno de aquellos sucesos cuyo secreto se reserva la Providencia.

Predicando entre los salvajes de la Talamanca, llegaron á una rancharía donde maltratados de mil maneras á cual más punzante, estuvieron á punto de ser matados de hambre; entre los lacandones iban á ser pasto de aquellos caníbales; y puede afirmarse sin exageración, que sus peregrinaciones entre los gentiles fueron un continuo peligro, llegando hasta el extremo de que, hipócritamente obsequiados en algún palenque (aduar de los naturales) con varias frutas, recibieron oculto en ellas un fatal veneno, de cuya acción, no obstante, se vieron milagrosamente libres. Asegúralo así el mismo P. Margil en una carta, en que haciendo mérito de este hecho, refiere que admirados los intérpretes les hablaron cierta vez de esta manera: "Padres, los indios dicen, si sois dioses? porque os han dado veneno en la comida, y no os morís."

Los dignos misioneros, entre tanto, correspondían á esta conducta malqueriente con la mansedumbre y caridad que son el distintivo de los verdaderos apóstoles.